



La vida convertida en humo

Con la misma cadencia con la que se pasan las cuentas de un rosario se oyen los motores de los aviones. Van en formación y en poco más de diez minutos volverán cargados miles de litros del agua del estanque más cercano. Igual que el olor de incienso que inunda las iglesias, llega el olor del humo, la madera quemada, los cuerpos muertos de los animales...

Con más de 6 toneladas de peso extra los aviones vuelven directamente al área que arde. Solo el canto de las chicharras rompe el silencio que queda tras el estruendo de su paso. Solo ellas hablan durante los minutos de incertidumbre que tardan los pilotos en lanzar una carga que les obliga a realizar maniobras imposibles para mantener la estabilidad de su nave. Son los medios aéreos que trabajan en la extinción de uno de los cientos de incendios que cada verano asolan la península. Junto a ellos trabajan los efectivos de tierra, protección civil, a veces el ejército...

Con la misma monotonía de los rezos, cada verano vemos imágenes de los retenes, de los voluntarios, de los vecinos echando agua y tierra para tratar de sofocar el infierno y oímos las noticias que nos hablan de cifras, de miles de hectáreas quemadas casi siempre intencionadamente. Y es que para muchos esta forma ancestral de quemar bosques para conseguir pastos (o suelo urbanizable) sigue estando a la orden del día. En muchas áreas rurales y pese a la normativa que existe al respecto, se sigue quemando en

“Cada año se queman bosques llenos de especies vegetales y animales que quizás nunca lleguemos a conocer porque se han convertido en humo”

mal momento y, unas veces por accidente y otras con premeditación, se terminan destruyendo joyas de nuestra biodiversidad que difícilmente se volverán a recuperar.

“Si no pasa nada, por ahí arriba solo hay matojos y plantas pequeñas, además no nos dejan ni mejorar las carreteras ni construir casas. No se dan cuenta de que detrás de esta montaña hay otra y otra más llenas todas de árboles”. Quien así habla no es capaz de ver que ese paraje que para él resulta infinito y prescindible es en realidad un hábitat único e irrepetible. Lo que considera como una extensión inmensa es solo un bosque diminuto dentro del planeta. Un bosque



Un hidroavión suelta su carga de agua durante las labores de extinción de un incendio forestal / Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente (MAGRAMA)

lleno de especies vegetales y animales que quizás nunca lleguemos a conocer porque se han convertido en humo.

Por eso cuando un bosque se quema, se quema un patrimonio irremplazable que pertenece a la humanidad entera, un capital natural en forma de especies y estrategias de conservación. Quemarlo es perderlo y a quién el patrimonio natural no le parezca suficientemente importante, habrá que hacerle ver que perderlo equivale a hacer arder miles de millones de euros ■

Xiomara Cantera
@xma_ft

